

De Garcilaso a Bonifaz: *De otro modo lo mismo*¹

FERNANDA CABILDO | ESTUDIÓ LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNAM. ACTUALMENTE ES PROFESORA DE ESPAÑOL Y LITERATURA

*Y pasarán los años y los años, irán modas, vendrán modas,
y ese ser creado, tan complicado y tan inocente, tan sabio
y tan pueril, nada en suma, dos cuartetos y dos tercetos,
seguirá teniendo una eterna voz para el hombre, siempre
igual,
pero siempre nueva, pero siempre distinta.*

DÁMASO ALONSO

Resumen:

Este texto señala algunos lazos entre la poesía de Rubén Bonifaz Nuño y Garcilaso de la Vega en términos de la tradición en que ambos participan y su afinidad con la cultura grecolatina. Se revisan los temas del amor, la belleza, la permanencia y el instante.

Abstract:

This paper points out a few bonds between the poetry of Rubén Bonifaz Nuño and Garcilaso de la Vega in terms of the tradition where both participate and their affinities to Greco-Roman culture. Themes such as love, beauty, presence, and moment are here observed.

Palabras clave: tradición, memoria, Eurídice, cultura grecolatina.

Key words: tradition, memory, Eurydice, Greco-Roman culture.

Para citar este artículo: Cabildo, Fernanda. "De Garcilaso a Bonifaz: *De otro modo lo mismo*", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 46, semestre I de 2016. México, UAM-A, pp. 105-109.

Hay espacios en el mundo que todos hemos visitado, objetos que todos hemos visto y emociones comunes al hombre como especie; algunas se olvidan, otras se adhieren al espíritu, alguna más nos transforma. Uno que otro estremecimiento como testigo, casi secreto de la intimidad, se ha perpetuado en manos de algún virtuoso: el color de una tarde enfurecida; el recorrido del temor viajando por el aire; el dolor que a veces hierve en nuestros ojos; el ardor de un mal amor, un gesto inefable, acaso la ternura; son una canción, una escultura o el atisbo de un poema. El arte ha eternizado voces, vidas y cosmovisiones, ha perpetuado las emociones más simples y más sentidas y ha propagado la intimidad mediante los codiciosos ojos, las ardorosas manos, las soberbias voces; y el trazo lene y vigoroso de las plumas de las mujeres y los hombres virtuosos.

Los hombres intimistas han amparado el valor de los estremecimientos instantáneos y de la contemplación de las porciones inefables de existencia. Por eso parece que se oyen desde todas partes y desde todos los tiempos, poetas que a cientos de años de distancia han dicho con una misma voz, por ejemplo: "En medio del invierno está templada / el agua dulce desta clara fuente [...]"² o "En un vuelo de imágenes, aliento / un principio de música";³ poetas reinventando una tarde, pintando su música, esculpiendo sus sonidos, construyendo un plano en el que todos los apuntes caben, un plano condenado a no acabarse por estar construido de los instantes que nadie más que el artista recuerda.

Afrontar un instante es validar al que lo protagoniza, cuestionarlo, soslayarse del tiempo, eternizar lo que no se dijo, lo que no se vivió en un primer plano: "Tengo el silencio, y el amargo acento / de no decirte nada; la ternura / alcanzada del aire donde dura / el ruido de tu paso en un momento",⁴ dice Bonifaz en un diálogo unísono que parece sostener hasta la fecha con los sonoros instantes de otros buenos memoriosos: "Derramaré desde aquí / mis lágrimas no hablando, / porque quien muere callando / tiene quien hable por sí".⁵

Rubén Bonifaz (1923-2013), amoroso poeta, conoció y retomó de la tradición poética castellana —y clásica, por lo tanto— los instantes concurridos y los hogares reinventados. Memorioso, y por tanto humilde, unió su voz a la de los genios que todavía construyen el armonioso plano en el que se guarda lo interminable; persigue a una mujer amada, cela a Eurídice "[...] entre la hierba y flores escondida"⁶ por Garcilaso, celebra los vestigios del amor cortés y testifica *De otro modo lo mismo* que en aquel plano hay una memoria interminable. Así retrata el poeta veracruzano a Eurídice en su soneto publicado en *Imágenes*⁷ (1953):

Eurídice

[...] *Eurídice, en el blanco pie mordida
de la pequeña sierpe ponzoñosa,
entre la hierba y flores escondida [...]*
Garcilaso

Cuando llegó la muerte era el rocío
en la túnica blanca; era el diamante;
el relámpago límpido y errante
como el azogue del escalofrío.

Era la escarcha limpia en el baldío
suelo despierta. Palidez delante.
Y los perros del tacto, y el instante
para el aliento póstumo. Sombrío.

Era el veneno hincado en el salobre
calor del vientre, el agujijón callado,
el fuego herido en la escondida fuente.

Y el ademán desconsolado y pobre
y el salto y la sorpresa, el grito helado
y el anillo de luz de la serpiente.

El humanismo italiano, la admiración a Petrarca y la escuela de Boscán, por otra parte, dejaron en Garcilaso de la Vega (1501-1536) su técnica y la costumbre de divagar en sus impresiones. La herencia grecolatina, de otra forma, lo detuvo en tópicos clásicos a partir de él propios de la lengua castellana: “El castellano ha llegado con él a su máxima flexibilidad, a su máxima capacidad de expresión. Pero hay más aún: eso es sólo belleza, y el fin último de la literatura moderna es la emoción [...]”,⁸ dijo Dámaso Alonso. En la estrofa diecisiete de su “Égloga III”,⁹ Garcilaso habla así de Eurídice —aquí un aviso de la emocionada conversación entre él

y Bonifaz, un testimonio de que aquel plano sigue en construcción con cada nueva lectura:

17

Estaba figurada la hermosa
Eurídice en el blanco pie mordida
de la pequeña sierpe ponzoñosa,
entre la hierba y flores escondida;
descolorida estaba como rosa
que ha sido fuera de sazón cogida,
y el ánima, los ojos ya volviendo,
de la hermosa carne despidiendo.

El hombre ocupado no repara en dudas ni re-trata instantes porque prescinde de lo efímero hasta que le estorba; olvida y desprecia los detalles o las dudas que se reconocen y resuelven en la mente del ocioso, ha olvidado la calma que otorga el placer pequeño y con un poco de poder osa prohibirlo a los demás. Bonifaz y Garcilaso se burlaron de lo “importante” porque lo importante para el ocioso está en los instantes francos: “Qué absurdo, qué imposible / pensar en una casa quieta. / Una casa que quiere ser alegre. / Y yo con mi periódico, leyendo, / sin mirarte, tapándome, sin verte / mientras desayunamos”,¹⁰ dijo el primero en *El manto y la corona* en 1958. El segundo en su “Copla III”, se place en las aguas del Danubio: “Danubio, río divino, / que por fieras naciones vas con tus claras ondas discurriendo, / pues no hay otro camino / por donde mis razones / vayan fuera d’aquí sino corriendo / por tus aguas y siendo / en ellas anegadas, / si en tierra tan ajena, / en la desierta arena; d’alguno fueren a la fin halladas”.¹¹

La vida práctica posterga la plática del ocioso porque entre las apremiantes ocupaciones modernas no queda tiempo para discurrir sobre lo inefable; sin embargo, en la voz discreta y en la

calma, siguen sonando las conversaciones y las preguntas: “¿Qué dicha extraña, nunca vista, nunca / pensada, de tan grande, / ocupará las horas de este día?”,¹² por ejemplo. En el poeta, encuentro del discurso humano, se detienen las voces nuevas y antiguas para contemplar lo más elemental que ha sido olvidado o visto distinto por los ocupados.

En aquel plano en que la conversación entre Garcilaso y Bonifaz —entre quienes existen cuatrocientos veintidós años de distancia— es posible, se conserva algún tiempo para el amor cortés, para las promesas y la divinización de la mujer en poemas que podrían ser uno mismo:

Copla VIII13 (Villancico de Garcilaso)

Nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.
Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa mereceros,
así que sin conoceros,
nadi puede ser dichoso,
señora ni desdichado,
sino que os haya mirado.

*El manto y la corona*¹⁴

29

El trabajo de amarte
como tú debes ser amada,

es el trabajo solamente mío.

Desde hace mucho tiempo,
cuando de niño, frente al miedo oscuro
de las noches, buscaba
una luz que se abriera
por encima de mí, que me mostrara
las riquezas colmadas del humano
calor: cuando sentía que las cosas
encerraban secretos que una mano
podría descubrirme,
me preparaba para amarte.
Y mis enfermedades, mi desdicha,
mi soledad que nada,
conseguía quitar, ¿qué cosa fueron
si no lecciones duras
de amor, que me obligaban a buscarte?

Cuando sentí que estaba solo
supe que existías. [...]

En una imagen, un segundo o un absurdo está la mente del virtuoso; en una conversación interminable anotándole al viento sobre otras, las mismas notas que dicen *De otro modo lo mismo*; cortejando, en aquel plano, a una mujer un millón de veces cortejada con la voz que le dicta, en distintos tonos, los halagos de siempre. Puede escucharse, si la ocupación no nos lo impide, entre el resquicio de otras tertulias, la voz de Bonifaz y Garcilaso, describiendo algún lugar eterno, o algún instante todavía no dicho.

Notas

- ¹ Rubén Bonifaz Nuño, *De otro modo lo mismo*, 453 pp.
- ² Garcilaso De la Vega, "Égloga III", en *Poesías castellanas completas*, pp. 209-263.
- ³ R. Bonifaz Nuño, "La muerte del ángel", en *op. cit.*, pp. 15.
- ⁴ *Ibid.*, pp. 15.
- ⁵ G. De la Vega, "Copla III", en *op. cit.*, p. 37.
- ⁶ *Ibid.*, pp. 209-263.
- ⁷ R. Bonifaz Nuño, "Imágenes", en *op. cit.*, pp. 41.
- ⁸ Dámaso Alonso, *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*.
- ⁹ G. De la Vega, "Égloga III", en *op. cit.*, pp. 209-222.
- ¹⁰ R. Bonifaz Nuño, "Poemas no seleccionados: 1956-1957", en *op. cit.*, pp. 161-210.
- ¹¹ G. De la Vega, "Copla III", en *op. cit.*, pp. 89-92.

¹² R. Bonifaz Nuño, "Poemas no seleccionados: 1956-1957", en *op. cit.*, p. 187.

¹³ G. De la Vega, "Copla VIII", en *op. cit.*, p. 42.

¹⁴ R. Bonifaz Nuño, "El manto y la corona", en *op. cit.*, pp. 203.

Bibliografía

- Alonso, Dámaso. *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, 8ª. ed. Madrid, Gredos, 2012.
- Bonifaz Nuño, Rubén. *De otro modo lo mismo*. México, FCE, 1975.
- De la Vega, Garcilaso. *Poesías castellanas completas*. Madrid, Castalia, 2001.